ANTONIO GARRIGUES Y DIAZ-CAÑABATE, EMBAJADOR DE ESPAÑA

DON Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate, ahora nombrado embajador de España en Washington, representa un tipo de español poco común. Lo caracterizan muchas cualidades humanas—universalidad, amor a la cultura, don de gentes y atención reposada a todo acontecer político-social—, con frecuencia ajenas al humor ibérico, proclive a varase en lo inmediato y doméstico.

Refiriéndose a terceros, en conversación privada, gusta Garrigues de utilizar una expresión muy gráfica. De quien se comporta de una manera gruesa, ininteligente y es propenso a la reacción violenta, dice: "que no es persona". Si enjuicia a un hombre de opuestas condiciones, resulta en sus labios la mayor alabanza el afirmar: "es persona".

Para mí, y presumo que para cuantos frecuentan a don Antonio Garrigues, a la hora de cualificarlo con un rasgo eficaz, le peta como a pocos su propia denominación "es persona".

Hay en él plurales presencias de civilización y cultura, flexibilidad liberal; no se deja llevar por impresiones leves, nunca pierde su sencilla postura, ni cierra el corazón a razones últimas. Atributos todos del concepto "ser persona" que él prefiere.

Alto, delgado; "en la frontera edad de la ceniza"; da la impresión de joven agilísimo, traicionado por la montera encanecida. En su fábrica humana dominan los grises. Un brillo de gafas que corta el mirar seguido. Perfil descarnado, aquilino. Cortesía que parece descuidada, casi deportiva.

Garrigues, si le hablamos, adopta un especial alejamiento. Como si antes que reparar en lo que ve, en lo que está viendo, atendiera a lo que "prevé"; y primero que escuchar lo que oye, afinase el oído a lo que "preoye" en los márgenes tácitos de la palabra.

Si nos habla levanta la mano blandamente, y lleva su plática con cierto titubeo, que es esfuerzo por encajar cada palabra en la concha cabal de la idea; que no exceda el verbo al concepto ni se quede holguero. Pausas de la varonil edad, llamaría Gracián a esta dinámica.

A veces, engarfia los pulgares en las sisas ovaladas del chaleco y sobre el pecho, entrecruza los dedos prietamente en callada y tensa acordeón. Frunce el entrecejo, un rayo de sol hiere la gafa y así, ¿escucha? ¿piensa? o ¿está lejos?

No es Garrigues político de oportunidad, sino fiel a convicciones encarnadas. Y no obstante, en todos los actos y "métiers" de su vida, es político. Quiero decir que se comporta con la remansada mecánica mental y cordial del hombre que no se para en intereses—personales o generales—inmediatos; sí en coordenadas de superior dimensión. Al político fácil le pierde la pasión de mandar. Al político de hondura le preocupa el acierto en disponer el futuro.

Característica muy privativa de Garrigues es su estar al día en las cosas de mayor entidad. Pero no al uso de los simuladores, que "se ponen" al día por apremio banal, por lucir puntual noticia de lo periférico y aparencial. Garrigues lo está por una vocación político-cultural trascendente, no sólo atenta a lo externo y aprehensible, sino a la médula de los fenómenos. "Es el suyo un estar al día histórico."

Su preocupación casi pionera en estos últimos años por la europeización de España, por el Mercado Común, por la urgente necesidad de ponernos a tenor de los países de mayor sazón—muchas veces expuestas con tanta mesura y equilibrio en estas páginas de A B C—son sobrada prueba de su avisada atención a la hora de Occidente, que desbordante de vitalidad busca nuevas fórmulas para continuar siendo el gran manero espiritual del bullente mundo actual. Por estas sus fervorosas adivinaciones del futuro inminente de España en el mundo, antes que de esta hora parece hombre de la hora inmediata.

En sus actividades jurídicas, tan de cara al mundo, y especialmente a los Estados Unidos; en sus escritos y ocupaciones de índole financiera hay siempre un no sé qué de moderación y flexibilidad, sin menoscabo de longura de miras, en modo alguno fruto de la improvisación.

Otra faceta importantísima del nuevo embajador es su preocupación ancha, humanística, por los decisivos problemas culturales. Sabe que no hay manera de encuadrarse cumplidamente en el supernacionalismo que se avecina sin un gran bagaje técnico-cultural. Se van a levantar las barreras aduaneras para el comercio de las cosas: también para el de las ideas, el de la sensibilidad y el buen hacer. No es sólo Garrigues un hombre que lee, que piensa, que va a los conciertos y estrenos que merezcan la pena, sino que emplea muchas horas de su vida en "realizar" cultura a través de diversas empresas dedicadas a la difusión de las ideas. Si Garrigues hubiese tenido tiempo suficiente, tal vez hubiera hecho cosas insospechadas en bien del libro español y de la comunicación cultural.

Nuestro país va a estar presente ahora en los Estados Unidos por uno de sus hombres más "futuribles", más representativos de la España que se suma definitivamente a la vibrante marcha de Europa. Ningún exceso ni apasionamiento encuentran habitación en el pensamiento de Garrigues. Y cuanto sea abertura y ponerse al día en lo político, en lo social y económico tiene en él un paladín.

(Foto Sanz Bermejo.)

Con razón decía J. M. Massip en su crónica dedicada al nombramiento de nuestro nuevo embajador que "la latitud de sus ideas político-económicas, identificadas con el concepto moderado, flexible y activo del régimen Kennedy..." lo hacían enormemente oportuno a los ojos norteamericanos, tan fijos hoy en la resolución definitiva del problema europeo.

Garrigues, vinculado a Norteamérica por lazos de familia, de idioma, de amistad y de sus quehaceres habituales, sabe que allí radica, por la generosa política europeísta del presidente, la clave del nuevo derrotero de Occidente. Por todas estas razones resulta a los ojos de quienes tenemos fe en el porvenir embajador oportunísimo en esta hora.

F. GARCIA PAVON